



# TEATRO NEGRO EN EL BRASIL

EN el paisaje de Río de Janeiro, complacencia de Dios, donde los árboles viven en promiscuidad y pierden la conciencia de sí propios de tanto abrazarse ramas y raíces, asoman sobre las colinas unas casas mínimas de madera y adobes donde habitan los negros: son las «favelas»; desde ellas se derrama sobre la ciudad la gente de color, ataviada unas veces para la procesión del Cristo del «Bon Fin» y otras para el delirio carnavalesco de las «escolas de samba». A esas colinas que colman la ciudad de Río subió Abdias do Nascimento, cinco años hace, para despabilar con el prestigio de su pluma y las credenciales de su propio color negro, al negro del Brasil. No quería, ni quiere, suscitar conflictos ni torcer ideas ni plantear lucha con el hombre blanco, sino sumar a él otro esfuerzo y aportar al acerbo común de la cultura del Brasil el sentido artístico del hombre negro, que permanecía inédito, como entumecido por tantos siglos de esclavitud. Y formando parte de ese programa de reivindi-

En la «foto», los grandes actores del Teatro Negro brasileño Abdias Nascimento y Aguinaldo Camargo, en una escena de «El hijo pródigo»

caciones, rebelándose, no ya contra los blancos sino contra la propia indolencia de los negros y su milenario sopor, Abdias Nascimento fundó en 1944 su Teatro Experimental, que hoy se destaca como una torre peculiar y aislada en el panorama del teatro del Brasil.

Si toda obra requiere un hombre fundador que la anime, que asuma el papel de alma, el Teatro Negro encontró su alma en Abdias Nascimento, hombre joven de vida pintoresca y sabrosa, que, a los veinte años, rompió la cerca vegetal de su tierra y se echó a caminar por toda la América del Sur, hasta navegar el Amazonas y cruzar los Andes y asomar al Océano Pacífico su mirada triste de «caboclo». He sabido que en un Congreso Surrealista celebrado en Chile, Abdias anunció que se suicidaría solemnemente en la sesión de clausura; y con el prestigio de su promesa fué paseado Abdias por toda la ciudad. Si aquella tarde no interviene a tiempo la policía chilena, el Teatro Negro del Brasil estaría por hacer aún. Pues de





tal manera van identificados el Teatro Negro y su fundador, que no se conciben uno sin el otro. Por eso no es extraño que al hablarme ahora del milagroso esfuerzo que realiza el Teatro Negro, las palabras de Abdías expresen el milagroso esfuerzo que él mismo realiza.

—No tenemos apoyo oficial. Somos gente trabajadora, humilde, que le dedica al teatro sus horas de descanso. Ninguna remuneración podemos ofrecerle a nuestros actores a quienes, por el contrario, les tenemos que pedir siempre ayuda para montar las obras.

Ahora soy yo quien debe decir el ejemplo de servicio a la vocación que estas gentes humildes nos ofrecen. El Teatro Negro carece de sede propia y yo les he visto a sus gentes ir de un lugar a otro, en busca de posada, acogiéndose al refugio piadoso que alguien les brindaba; llegaban allí después del trabajo de cada día, tras de salvar las distancias largas que Río les plantea, desde Tijuca a Cantagalo para, reunidos en torno de Abdías, leer unas

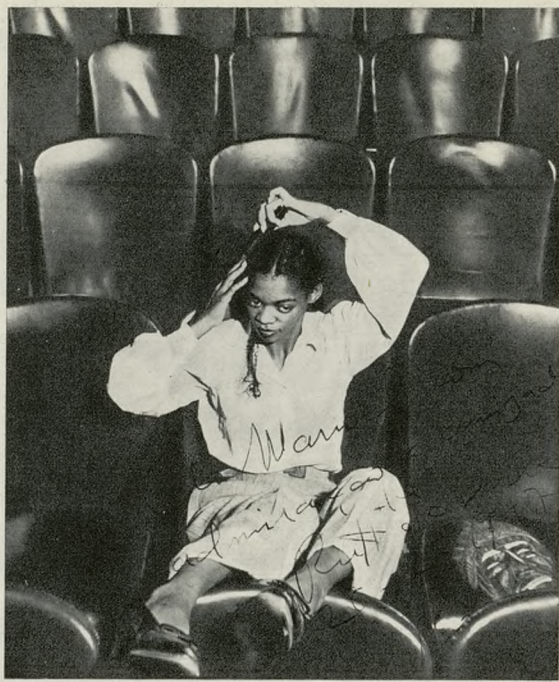
páginas del teatro de O'Neill o recitar los parlamentos del «Otelo», de Shakespeare.

—Nuestro esfuerzo—me dice el Director del Teatro— tiene que renovarse cada vez que vamos a montar una obra, porque no hay solución de continuidad. Nada nos vincula unos a otros sino la propia vocación. Pero ni podemos ir descubriendo vocaciones, ni siquiera retener y cultivar las que surgen por sí al reclamo de cada espectáculo que ofrecemos.

Y con todo ello la labor del Teatro Experimental del Negro en estos cinco años de vida ofrece ya una memoria considerable: del dramaturgo O'Neill ha presentado al público brasileño «El Emperador Jones», «Todos los hijos de Dios tienen alas» y «El joven soñador»; colaboró con el Teatro del Estudiante en «Palmares» y con la compañía de Jaime Costa en «José do Patrocinio». Porque es frecuente hallar en el teatro americano «obras blancas» que requieren la presencia de algún elemento negro, así «Terras do sin

Otra escena de «El hijo pródigo», con Ruth de Sousa y Aguinaldo Camargo, los dos talentos dramáticos de mayor relieve del Teatro Negro





A la izquierda, la bella mulata Deise Bernardes, protagonista de «Filhos de Santo», la última obra presentada por el Teatro Negro.—En el centro, la primera actriz Ruth de Sousa descansa en un ensayo general.—A la derecha, Ruth de Sousa, caracterizada para un papel de vieja mendiga en «Aruanda», de Joaquín Ribero

fin», de Jorge Amado y «El angel negro», de Nelson Rodríguez, a las que ha prestado el Teatro Negro su más eficaz colaboración.

He preguntado a Abdias Nascimento cuales son sus programas inmediatos.

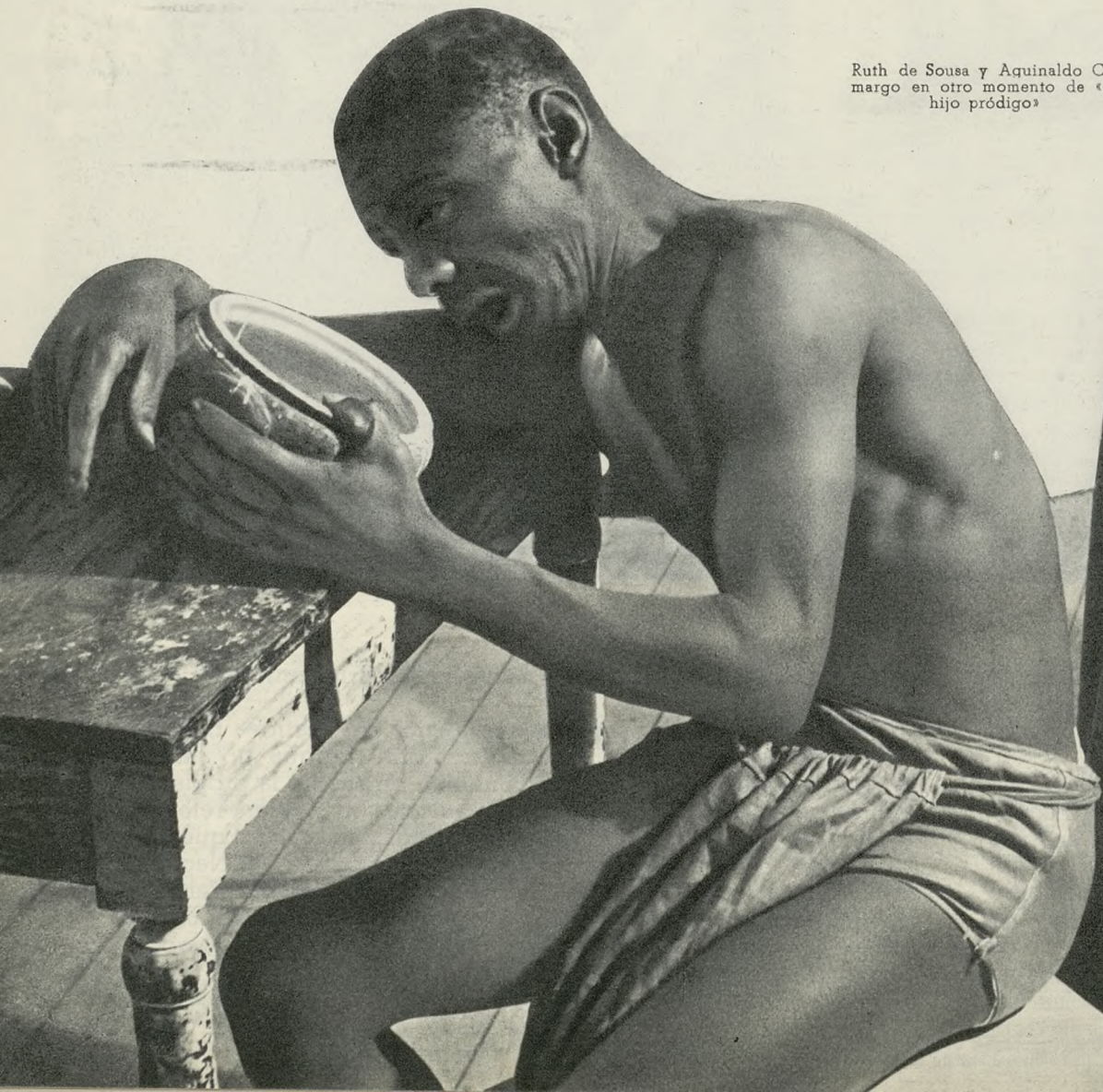
—Este año hemos presentado ya «El hijo pródigo», de Lucio Cardoso y «Aruanda», de Joaquín Ribero, y, últimamente, «Hijos de Santo», de José de Moraes, todos autores noveles que el Teatro Negro ha dado a conocer. Preparamos ahora el «Macbeth» y el «Otelo» de Shakespeare, las «Bodas de Don Perlimplín», de García Lorca, «El mulato», de Hughes y «Calígula» de Camus...

Es un ambicioso programa que trae al

Teatro brasileño—tan remozado ahora por la mocedad de los Teatros de Estudiantes—una solemne aportación, de voz grave, de temple dramático que tiene sabores bíblicos en sus predilecciones. Con Abdias Nascimento están dos actores de relieve singular en la escena del Brasil, dos vocaciones dramáticas insuperables, las mejores acaso que yo he visto en estos escenarios: Ruth de Sousa y Aguinaldo Camargo, y junto a ellos, Ilena de Sira, Marina González, Bernarda Concepción, Antonio Barbosa, Natalino Dionisio... Este es el núcleo fundamental del Teatro Negro del Brasil, que se levanta como una torre peculiar y aislada en el panorama del Teatro Brasileño.—G. V.



Ruth de Sousa y Aguinaldo Camargo en otro momento de «El hijo pródigo»





# "EL EMPERADOR JONES"

DE EUGENIO O'NEILL

## ESCENA TERCERA

Las nueve de la noche. En la selva. Acaba de salir la luna, y su luz, penetrando a través del dosel de fronda, crea una vaga claridad, muy tenue y difusa, de región sobrenatural. En primer plano, un muro espeso y bajo, de maleza y plantas trepadoras, cercando un angosto espacio triangular. Más allá de él, la apretada negrura de la selva como una barrera circundante. Se distingue vagamente un sendero que, viniendo del fondo izquierda, conduce al espacio libre y sale luego de él serpenteando hacia la derecha. Al levantarse el telón no se distingue claramente nada, y excepto el redoblar distante del tam-tam, un poco más fuerte y más acelerado que en la escena anterior, reina un silencio absoluto, sólo interrumpido, regularmente, cada unos segundos, por un ruidito seco, que en un comienzo no se adivina de qué puede provenir. Poco a poco se va distinguiendo la figura del negro Jeff, sentado en cuclillas al fondo del triángulo. Es un negro de edad indefinida, de tez muy oscura, vestido con el uniforme de un mozo de Pullman, gorra, casaca, etc. Incesantemente arroja en tierra, ante sí, un par de dados, para en seguida recogerlos, sacudirlos de nuevo y volver a arrojarlos; todo ello, con los movimientos acompasados, rígidos y mecánicos de un autómatas. Viniendo del sendero, en medio de las tinieblas, se oyen los pasos pesados y lentos de alguien que se acerca y la voz de Jones, en un tono más tenso y agudo, como de quien hace un esfuerzo para dominarse y vencer su miedo.

Parece que sale la luna. ¿Lo oyes, mi viejo? Ahora podrás andar y orientarte mejor. Ya no te darás de cabezadas a cada paso con los árboles, ni te dejarás el pellejo en las zarzas. Siquiera verás dónde pones los pies... ¡Animo, pues! Ya lo que queda es bien fácil... (Súbitamente, se le distingue detrás del triángulo, en pie, enjugándose el sudor del rostro con la manga. Ha perdido su panamá, y su cara aparece llena de arañazos, como su brillante uniforme de desgarrones.) ¿Qué hora será? No me atrevo a encender un fósforo para mirarla. (Cansadamente.) Sin embargo, me habría gustado saber cuántas horas llevo andando por esta maldita selva. Me parece como si hiciera un siglo desde que entré en ella... Pero no hará tanto tiempo, cuando la luna acaba justamente de salir... ¡Uff! Todavía, ¡si no hiciera un calor tan asfixiante! ¡Mala noche, y muy larga, la que te aguarda, Majestad! (Con una risa sarcástica.) ¡Majestad! ¡Toma Majestad ahora! ¡Para que aprendas! (Intentando reanimarse.) ¡Bah! Después de todo, eso forma parte del juego. Y todo acaba en el mundo; esta noche, lo mismo que las demás. Y cuando te encuentres fuera de aquí, con tus buenos billetes de Banco en el bolsillo, te reírás las tripas recordando todo esto... (Empieza a silbar una canción para acabar de animarse; pero, de pronto, se para en seco y se increpa a sí mismo con ira.) ¡Idiota! ¡No te faltaba ahora más que ponerte a silbar para que se enteren antes en dónde estás! (Escuchando con atención en torno suyo.) ¡Siempre ese cochino tambor!... Parece como si estuviese más cerca. Seguro que los muy salvajes lo llevan consigo... ¡Adelante otra vez! La cuestión está en sacarles la mayor delantera posible... (Va a proseguir su camino, pero, de pronto, echa de oír el otro ruido y se detiene, acechando con inquietud a su alrededor.) ¿Qué...? ¿Qué otro ruido, tan raro, es ése que se oye? Parece como si sonase muy cerca... ¡Cualquiera diría...! Pero no, no es posible... Sin embargo, sí... Suena lo mismo que si estuviesen jugando a los dados. (Positivamente asustado.) Claro que debe ser una figuración... Pero, de todos modos, lo mejor será dejar cuanto antes este sitio, donde se oyen cosas tan... (Precipitadamente echa a andar, entrando en el espacio triangular. Viendo, de repente, a Jeff, se queda como petrificado por la sorpresa y el espanto. Hablando con dificultad.) ¿Eh? ¿Quién va? ¿Quién es...? (Fijándose en la persona y reconociéndola.) ¿Cómo? ¿Eres tú, Jeff? (Dando un paso hacia el otro, olvidando por un momento el lugar en que se encuentra y creyendo que realmente se trata de un ser vivo; con acento de alegría y súbitamente tranquilizado.) ¡Jeff! ¡No sabes lo que me alegro de verte! ¡Y los muy tontos que me dijeron que te habías muerto del navajazo que te di! ¡Habrás visto memos!... (Interrumpiéndose bruscamemente, sin saber qué pensar.) Pero oye, ¿cómo es posible que estés aquí? (Mirando con ojos fascinados al otro, que continúa como si tal cosa su juego, sin prestarle la menor atención. Los ojos de Jones se dilatan de pavor, hasta mostrar la esclerótica todo en torno. Tartamudeando.) Pe... pero Jeff..., ¿por qué no me miras?... ¿Es que no puedes hablarme?... ¿Serás, por acaso..., un fantasma? (Empieza a dar diente con diente; pero en seguida, con un esfuerzo supremo, se recobra y baladrona una vez más.) ¡Pues no te figures que, ni aun por ésas, me vas a dar miedo! (Echando mano al revólver en un arranque de furor frenético.) ¡Cochino negro, ya una vez tuve que matarte y te volveré a matar todas las veces que hagan falta! ¡Toma! (Hace fuego. Cuando el humo del disparo se ha disipado, Jeff ha desaparecido también. Jones permanece en pie, todo trémulo. Luego, recuperando lentamente la serenidad.) Ya no está... El caso es que se ha ido... Le ha dado miedo mi revólver... (El redoblar lejano del tam-tam tórname en este instante más fuerte y más rápido. Jones se da cuenta de ello y, estremeciéndose, mira hacia atrás, por encima del hombro.) ¡Cada vez están más cerca!... Sí, sí; cada vez caminan más de prisa... ¡Y yo aquí haciendo el imbécil y pegando tiros para que se enteren por dónde ando! No hay más remedio que echar a correr...

Sin hacer caso ya del sendero, desaparece corriendo por el foro, inmediatamente invisible en las tinieblas.

TELON



El gran actor del Teatro Negro Aguinaldo Camargo, en una escena de «El emperador Jones», de O'Neill